

Mesías, el Hijo y el Cristo de Dios, el Rey de Israel, bajado del cielo, enviado por su Padre para establecer el reino de Dios; pero, como les echaba en cara Juan Bautista, él estaba en medio de ellos, y ellos no lo conocían, ó por mejor decir, no lo querían conocer; fingían buscarlo, y lo perseguían... Jesús está aun en medio de nosotros en su Sacramento; pero ¿lo reconocemos, lo adoramos, lo recibimos? ¿Cómo cumplimos nosotros nuestras obligaciones para con él? ¿Cómo correspondemos á su divino amor?

2.º El reino de Dios estaba en medio de ellos por la predicación del Evangelio, que era el actual establecimiento del reino de Dios. Entonces justamente se anunciaba y se predicaba, y muchos entraban en él por medio de una fe sincera. Lo sabían los fariseos, lo veían, murmuraban de ello; y se oponían, en vez de entrar en él, y de seguir el ejemplo que se les daba... De la misma manera está aun en medio de nosotros el reino de Dios. Es predicado, es anunciado, y viene practicado. ¡Cuántas almas santas viven con toda la perfección del Cristianismo y en una perfecta obediencia á las leyes divinas de este reino, gustan la paz y las dulzuras del reino de Dios, y aspiran á sus eternas recompensas! Nosotros conocemos muchas de estas almas fieles, las vemos, vivimos con ellas, y ellas viven con nosotros. Pero, ¡ay de mí! espectadores ociosos del reino feliz que está en medio de nosotros y que es para nosotros, no experimentamos en nosotros algunos sentimientos de emulación. Bien lejos de imitar su fidelidad, su docilidad y su virtud, acaso nos burlamos de ellas, las motejamos, y las perseguimos.

3.º El reino de Dios estaba en medio de ellos por el estrépito de las venganzas que bien presto debían caer sobre ellos, y que ya merecían... Esperaban los judíos un rey victorioso que derrotaría sus enemigos y sujetaría todas las naciones. Pero además de las victorias espirituales de este Rey divino, de que no tenían idea alguna, debían sus victorias y sus temporales venganzas caer sobre ellos mismos, por su incredulidad y en pena de su deicidio. En medio de ellos, en medio de su nación, en su país, en la misma ciudad de Jerusalem, se debía sentir este reino de terror, cuyos fundamentos, por decirlo así, estaban amasados con su indocilidad y su odio. No eran, no, las naciones las que debían ser sujetadas por este Rey vencedor; debían ser ellos mismos que, después de haber sido vencidos por las naciones, debían ser dispersos, y quedar vagamundos hasta la fin del mundo, para enseñar á todos los pueblos y á todos los fieles la terrible venganza que de ellos toma su Rey y su Dios

que ellos han crucificado... Así castiga Dios á los hombres con mil funestos accidentes que parecen solo efectos, ó de la política de los reyes, ó de las leyes de la naturaleza. Todos saben por cuántos caminos se venga Dios de sus enemigos, y cada uno de su parte se descuida en examinar si él mismo sea del número de los enemigos sobre quien deban caer sus venganzas. Con mucho gusto discurrimos de los castigos que vienen sobre los otros, y ni siquiera pensamos en los que mereceremos. El reino de Dios, el reino de su cólera y de sus venganzas está ya acaso en medio de nosotros, y nosotros no nos queremos dar por entendidos. Nosotros multiplicamos nuestros pecados y vivimos tranquilamente en ellos, y no tememos los castigos que acaso están ya muy cerca de caer sobre nosotros, si no nos enmendamos de ellos, y si no hacemos penitencia.

Petición y coloquio.

¡Léjos de mí, ó Dios mio, una tal desgracia! Haced antes bien que aprecie y me aproveche de estos momentos en que me ofrecéis aun con larga mano vuestras gracias para establecer vuestro reino en medio de mí. Os adoro, ó Rey de la gloria; reconozco vuestro reino visible, vuestra santa Iglesia, en ella creo y profeso las augustas verdades: con temor y confianza espero el gran día de vuestra última venida. ¡Ah! Señor, venga vuestro reino; hacedme merecedor de él, y dignaos de conducirme á él por el camino que mas os agrade.

MEDITACION CCXIII.

COLOQUIO DE JESUCRISTO SOBRE EL DIA DEL HIJO DEL HOMBRE.

(Luc. xvii, 22-30).

Jesucristo en este coloquio trata: 1.º de la fe de los justos; 2.º de lo que ha de padecer la Iglesia; 3.º de la seguridad de los pecadores.

PUNTO I.

De la fe de los justos.

1.º *De los deseos de la fe...* Los fariseos se retiraron poco contentos de la respuesta de Jesucristo, no habiendo podido sacar de él cosa alguna que suministrase materia á sus calumnias y á sus censuras, y lo dejaron solo con sus discípulos. Á estos habló el divino Salvador en una manera menos enigmática sobre todas las partes de la pregunta de los fariseos... «Y dijo á sus discípulos: Vendrá tiempo cuando deseareis ver uno de los días del Hijo del hombre, y no

«lo veréis...» No tardó de llegar este tiempo para los Apóstoles, cuando despues de la ascencion de Jesucristo á los cielos, y al principio de la predicacion del Evangelio, vieron sublevarse por todas partes tantos falsos apóstoles, falsos Cristos y falsos profetas que corrompian la verdadera fe, que no eran inspirados sino de la ambicion y del interés, y que hacian degenerar en vicio la gracia y la santidad misma del Evangelio... ¿Quién podrá dejar de gemir á la vista de tantas almas como viven hoy en dia en el engaño, y que cada dia se dejan todavía cegar, engañar y corromper? ¿Quién puede dejar de desear que Jesucristo se deje ver, que defienda él mismo su causa, y que confunda los seductores, y haga parar una vez el curso al error y al engaño? Pero no: no comparecerá ya hasta el último dia; así lo ha regulado su divina sabiduría, y despues de todas las instrucciones que nos ha dejado se debe confesar, que si hay engañados, son aquellos que lo quieren ser. Con que nuestros deseos no se deben dirigir á que este Dios Salvador se muestre entre nosotros para regular nuestra fe, sino á que nos guíe á sí, para vivir eternamente con él.

2.º *De los clamores de la fe...* «Y os dirán: Hélo aquí, ó miralo «allá. No querais ir ni los sigais...» Lo oimos aun nosotros; tambien se dice á nosotros: aquí está el Cristo, la palabra de Dios, el puro Evangelio; allá está el Cristo, la verdad, la doctrina verdadera de los Padres. Aquí está el Cristo, sus potencias, sus milagros y prodigios. ¡Ah! todo esto no es la voz de la fe: guardémosnos de dejarnos engañar: no creamos estos discursos; no asistamos á estas asambleas; no leamos estos libros; no entremos en estas sectas, en estas conspiraciones, en estos partidos. Estémonos donde estamos, donde han estado nuestros antepasados; estémonos en nuestra sumision á los legítimos pastores, en la Iglesia de Jesucristo. Hé aquí la voz de la fe, la Iglesia, la Iglesia católica, apostólica y romana. Los primeros pastores unidos á su cabeza. En esta Iglesia católica y universal, que está en todos los lugares, encontraremos á Jesucristo, la palabra de Dios, el puro Evangelio, la verdad y la doctrina de los Padres, los verdaderos prodigios y los verdaderos milagros. Aquí nos hemos de atener: no vayamos á otra parte; no nos dejemos llevar de la curiosidad ni del mal ejemplo.

3.º *De la luz de la fe...* «Porque así como el relámpago corre de «un lado del cielo al otro resplandeciendo y alumbrando lo que está debajo, así será del Hijo del hombre en su dia...» Este relámpago que se dejará ver de una extremidad del cielo á la otra es al

mismo tiempo la figura de la predicacion del Evangelio, que de la Judea se ha esparcido en todo el mundo, y ha iluminado todas las naciones; la figura de la Iglesia cuya viva luz se deja aun ver en todos los pueblos del mundo; la figura de los castigos con que Dios castiga los pecadores cuando menos se lo esperan... la figura en particular del terrible castigo que ha ejercitado contra los judíos con la ruina de Jerusalem, con la destruccion del templo y con la dispersion de este pueblo deicida por toda la superficie de la tierra... y finalmente, la figura del último dia de las venganzas del Señor, en el cual ya no habrá mas ceguedad voluntaria, y en que todas las criaturas se verán obligadas á reconocer á Jesucristo, al Hijo del hombre, por el verdadero y único Hijo de Dios... La naturaleza nos pone frecuentemente á la vista el fenómeno de que habla aquí el Salvador. Y así en vez de dejarnos llevar y sorprender entonces de un temor frívolo y pueril, acordémosnos de las palabras de Jesucristo; pensemos que aquellos relámpagos y aquellos truenos no son sino una débil imágen de la cólera del Señor que reventará contra los incrédulos que habrán desechado las luces de la fe, y contra los pecadores que no habrán conformado en esta vida su conducta con ellas.

PUNTO II.

De lo que ha de padecer la Iglesia.

1.º *En su cabeza...* «Pero primero es necesario que él padezca «mucho, y sea desechado de esta generacion...» Jesús ha fundado esta Iglesia con su muerte, con sus tormentos, con sus humillaciones; y por ellas ha entrado en su gloria, y ha adquirido el derecho de vengarse de sus enemigos, de salvar su pueblo, y de juzgar los vivos y los muertos... ¡Oh y cuán infinita es su gloria! Pero ¡oh y cuán grandes han sido sus tormentos! Infinitas son las obligaciones que nosotros le debemos, pues para nosotros son su gloria y sus trabajos, y nos ofrece el mérito de estos y la eternidad de aquella.

2.º *En sus miembros...* Los miembros deben ser tratados como la cabeza; deben ser del mismo modo que ella perseguidos, humillados, despreciados y aborrecidos; como ella deben ser desechados, deben padecer y sufrir mucho, y finalmente deben morir como ella... Así han sido tratados por el curso de muchos siglos los Apóstoles, los cristianos y los católicos por los judíos, por los paganos y por los herejes... Admirémos el valor de tantos generosos Mártires: ya

se han pasado sus dolores, sus tormentos y su sufrimiento; pero no pasará jamás su gloria... Están en el cielo unidos á su cabeza, triunfan con ella, y con ella tambien juzgarán un dia el universo.

3.º *En nosotros mismos...* Nosotros nos sentimos fácilmente enternecidos con la memoria de la pasion del Salvador, y admiramos con buen corazon los combates de los Mártires y de los confesores de la fe; pero tenemos despues una suma dificultad en aplicar á nosotros mismos la necesidad de padecer y de sufrir. Suspiramos por la recompensa, y no reflexionamos que para merecerla es necesario antes padecer mucho... Por esto al presentársenos la ocasion de padecer y de sufrir, ó la huimos, ó nos lamentamos, ó tal vez murmuramos: con todo se debe llenar esta medida *padecer mucho...* Léjos, pues, de huir de los trabajos, aprovechémonos con alegría y con ansia de todos aquellos que se nos presentan; y en defecto de los tormentos que presentaba la persecucion, abracemos los que nos presentan los ejercicios de la penitencia, las obligaciones de nuestro estado, el comercio de los hombres, la miseria de los tiempos, el rigor de las estaciones, las incomodidades de la edad ó de la enfermedad, y los dolores de la muerte. Aprovechémonos de todo, recojámoslo todo, y digamos frecuentemente: *Debo padecer mucho:* para esto estoy aquí en la tierra: no siempre lo podré, y estoy aun bien léjos de haber padecido mucho... Estas reflexiones nos animarán, nos harán mas fácil la paciencia, y santificarán aquello poco que sufrimos.

PUNTO III.

De la seguridad de los pecadores.

1.º *Recorramos lo pasado, y primeramente el diluvio universal...* «Y lo que sucedió en los dias de Noé sucederá tambien en el dia «del Hijo del hombre. Comian y bebian los hombres y las mujeres, «se casaban hasta el dia en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio, y les hizo perecer á todos...» Noé, advertido de Dios que la tierra habia de ser sumergida en pena de los pecados de sus habitantes, construyó por su orden una arca para salvarse él y su familia del diluvio universal. ¿Qué pensarón los pecadores á vista de los preparativos de este santo Patriarca? Tuvieron compasion de la credulidad de Noé. ¿Á qué atendieron? Á sus placeres, á su fortuna y al establecimiento de sus familias. Entre tanto Noé entró en el arca, cerró en ella la puerta, y todos los hombres fueron igualmente sumergidos en las aguas del diluvio... ¡Hombres insensatos!

¿estaréis siempre apegados á la tierra como si esta jamás os hubiera de faltar? ¿No os vendrá jamás al pensamiento que teneis un Señor, y que á fuerza de irritarlo llegaréis al momento en que hará venir sobre vosotros su venganza?... 2.º *El incendio de Sodoma...* «Como tambien sucedió en tiempo de Lot, comian y bebian, comían y vendian, plantaban y edificaban; y en el dia que Lot «salió de Sodoma llovió fuego y azufre del cielo, y todos perecieron...» Sodoma, habitacion deliciosa, centro de la abundancia, del lujo y de los placeres, es juntamente el emporio de todos los delitos: Sodoma piensa solo en gozar de su felicidad y en continuar sus disoluciones. Ya no hay que temer un diluvio; pero Dios tiene muchas suertes de castigos. El dia en que el único justo que se mantenía en aquella ciudad salió de sus murallas, una lluvia de fuego y de azufre la convirtió en cenizas, y consumió con ella todos sus habitantes. 3.º *La toma de Jerusalem...* «Y lo que sucedió en los «dias de Noé sucederá tambien en los dias del Hijo del hombre...» Repitiendo el Salvador estas palabras un poco mas abajo, podemos entenderlas aquí de la ruina de Jerusalem, del templo y de la nacion judáica por medio de los romanos. Ninguna cosa semejante se esperaban los judíos en el dia que precedió á este funesto suceso. Habian crucificado al Hijo de Dios, perseguian á sus Apóstoles, hacian morir á sus discípulos, estaban bien léjos de temer sus amenazas; de este modo ponian el colmo á sus pecados. El castigo se preparaba lentamente: al fin reventó todo de un golpe con todas las circunstancias que estaban predichas y anunciadas. ¿Cómo, pues, es posible que tantos ejemplos de la cólera de Dios no aterren á los hombres ni detengan el curso de sus delitos? Pero ¡ay de mí! no se reflexiona sobre esto, solamente se piensa en la tierra, en establecerse en ella, en gustar en ella de las falsas lisonjas del pecado, y en desterrar del corazon el temor de los castigos terribles de un Dios.

2.º *Consideremos lo presente...* Vemos cómo se vive en el mundo, y con qué seguridad no se cesa de irritar al Señor; entre tanto los vasos de su cólera no están todavía vacíos; revientan cada dia los castigos, y no nos hacen mas advertidos ni mas sábios... ¿Cómo se vive en aquel país que dentro de poco desolará la peste, en aquella ciudad que por momentos será arruinada del terremoto ó bombardeada del enemigo, ó en aquel barrio que está para ser consumido de las llamas, ó en aquella casa que está para caer? ¿Cómo se vive en aquella armada en que la muerte amenaza horrendo estrago, en aquella nave expuesta al furor de todos los elementos, y que está

al punto de ser sumergida? ¿Cómo se vive en un cuerpo frágil que por mano de la muerte, ó por enfermedad de pocos días, ha de ser dentro de poco corrompido en un sepulcro? ¡Oh necedad de los hombres! ¿No soy yo, por ventura, del número de los insensatos? ¿Me hallo ya acaso en el término de mi vida? ¿Estoy dispuesto? ¿Tengo todas mis cosas en orden? El justo se halla muchas veces envuelto en el mismo caso que oprime al impío; pero el mismo accidente es una gracia inamisible para el justo que se halla dispuesto y la última señal de su predestinacion: al contrario, para el impío es su último castigo en esta vida y la sentencia irrevocable de su eterna reprobacion.

3.º *Echemos los ojos sobre lo venidero...* «Así sucederá en el día «en que se manifestará el Hijo del hombre...» Si queremos entender estas palabras del día del juicio universal, se puede decir que los hombres que entonces vivirán serán sorprendidos en las frívolas ocupaciones y en los desordenados placeres en que actualmente se hallarán... Es verdad que están advertidos, ¿y no lo somos nosotros también ahora, pero sin cesar de despreciar los avisos? Verán ellos señales precursoras de la ira de Dios; ¿y no las vemos por ventura nosotros también ahora, teniendo además de esto la audacia de explicar todas las cosas según las leyes de la naturaleza, sin referir las cosas á Dios, y sin hacer alguna aplicacion á nosotros mismos para enmendar nuestras costumbres?... Pero ¿qué? ¿debe por ventura el temor de los castigos de Dios impedirnos el comer, el beber, el fabricar, el vender, el comprar, el contraer matrimonio y formar compañías?... No: este no es el sentido de las palabras del Salvador: antes bien, se debe hacer todo según el espíritu del Cristianismo, sin olvidar á Dios, sin cesar de procurar agradarle, sin cesar de temer ofenderle, sin apegar el corazón á la tierra, sin cometer injusticia, sin omitir las obligaciones de la caridad, sin manchar el cuerpo y el corazón con placeres prohibidos, y sin olvidar que el tiempo es breve, y que después de esta vida mortal tenemos otra eterna que merecer.

Peticion y coloquio.

Dadme, ó Señor, estas santas intenciones en todas mis acciones; haced que no siga el ejemplo de los que se pierden, y que no me fie sobre la multitud, sino que penetrado de vuestros juicios, á Vos solo busque, á Vos solo desee, y á Vos solo ame para poseeros eternamente. Amen.

MEDITACION CCXIV.

FIN DEL COLOQUIO DE JESUCRISTO CON SUS DISCÍPULOS SOBRE EL
DÍA DEL HIJO DEL HOMBRE.

(Luc. xvii, 31-37).

1.º Jesús da diversos avisos á sus discípulos; 2.º los discípulos hacen una pregunta al Salvador; 3.º Jesucristo responde á sus discípulos.

PUNTO I.

Jesús da diversos avisos á sus discípulos.

Lo 1.º *Sobre la renuncia de los bienes de la tierra...* Es necesario dejarlo todo, no detenerse á tomar cosa alguna, y no volver atrás ni aun con sola la vista... «Entonces el que se hallare sobre el terrado, y tuviere en la casa sus alhajas, no baje á tomarlas, y el «que estuviere en el campo, del mismo modo no vuelva atrás; «acordaos de la mujer de Lot...» Estas palabras indican cuán urgente será el peligro, y con qué prontitud será necesario huir para evitarlo, sin detenerse á tomar cosa alguna para llevarla consigo. Así se hace cuando una ciudad se ha dado en poder de las llamas y de un enemigo vencedor é irritado. Esto es lo que dentro de poco le debe suceder á la infiel Jerusalem, mas culpada que Sodoma, y lo que debe seguramente suceder un día al mundo entero... Pero queriendo aplicar esto al sentido moral, debemos aprender de ello á dejar el mundo, salir de él, huirlo ó en efecto, ó á lo menos con el corazón, con el afecto y con la conducta: huir este mundo, consumido de las llamas de la codicia, de la impureza, de la ambicion, de la avaricia y de la venganza: huirlo por temor de perecer con él en las llamas, y pasar de las del vicio á las del infierno: huirlo sin dilacion, sin sentimiento, sin llevar consigo cosa alguna, sin volver atrás, sin hacer caso de nuestras antiguas inclinaciones, y aun sin mirar hácia atrás. «Acordaos de la mujer de Lot...» ¡Cuántos como esta se huían de las llamas y del incendio, y los ha perdido sola una mirada! ¡Ah! olvidemos de una vez al mundo, no hagamos caso de sus locuras, demos un *adios* á sus vanidades, no vayamos detrás de su iniquidad: todo nuestro pensamiento sea de alejarnos siempre mas de él y salvarnos... Ahora á lo menos que conocemos la vanidad del mundo; á lo menos en este asilo que nos separa del mundo; á la hora por lo menos de la muerte, en aque-

lla hora última, la sola que nos queda de tantas otras que hemos perdido; afortunados de nosotros, si ya no habremos dado un pensamiento al mundo, si habremos pensado solamente en nuestra eterna salvacion.

Lo 2.º *Sobre la renuncia de la vida...* «Cualquiera que procura «salvar su vida, la perderá, y cualquiera que la perderá, la vivificará...» El Salvador inculca muchas veces esta máxima, y esto nos debe hacer advertir su importancia... Muchos por amor de la vida presente han renunciado á la fe, ó no se han atrevido á abrazarla, y se han condenado: muchos por conservar su sanidad, por gustar las comodidades de la vida, por gozar los placeres del mundo no han querido abandonarlo, y se han perdido. ¡Ah! cuando se trata de la fe y de la salud del alma nada se debe estimar, ni aun la misma vida. ¿Y qué cosa es esta vida en comparacion de aquella que se gana sacrificándola? Muchos aun en la muerte tienen todo su pensamiento solo en conservar una vida que no obstante sus conatos ya se acaba, en lugar de pensar en hacerse dignos de aquella que les ofrece la eternidad en que ya se ven al punto de entrar.

Lo 3.º *Sobre la separacion que Dios hace de los hombres...* «Os «digo, que en aquella noche dos estarán en una cama; el uno será cogido, y el otro será abandonado. Dos mujeres estarán mo-
«liendo juntas; la una será cogida, y la otra será abandonada: dos «(estarán) en el campo; uno será cogido, y el otro abandonado...» Bien que estas palabras mirasen especialmente los acontecimientos que en este discurso tenia en mira el Salvador, podemos muy bien aplicarlas á cuanto sucede hoy dia delante de nuestros ojos, y que debe hacernos adorar con temor y con accion de gracias los consejos impenetrables de la sabiduria de Dios. En el mismo lugar, en el mismo estado, en la misma condicion, en la misma ocupacion, en la misma familia se toma el uno, y se deja el otro: el uno viene quitado de este mundo, y dejado el otro; el uno es conducido á la soledad, al retiro, y el otro queda expuesto á todos los peligros del siglo; el uno sirve á Dios con fidelidad, y solo piensa en agradarle, y el otro está dedicado del todo á sus placeres, á su fortuna y á su ambicion: finalmente, en el último dia, el uno será tomado para ser colocado con los Ángeles y con los Santos en la gloria, y el otro será abandonado á los demonios para ser con ellos pasto de las eternas llamas. ¡Gran Dios! ¡qué separacion!... Aquí todo está confundido, los buenos y los malos viven juntos, duermen debajo de un mismo techo, ejercitan las mismas funciones, atienden á los mis-

mos trabajos; pero el ojo de Dios lo discierne todo, y su juicio infalible é irrevocable separará todas las cosas.

PUNTO II.

Pregunta hecha á Jesucristo por sus discípulos.

Los discípulos tomando la palabra... «le respondieron, y dijeron: ¿Dónde, ó Señor...» No pretendia siempre el Salvador que sus discípulos comprendiesen todo el sentido de los discursos que tenia con ellos. El Espíritu Santo debia darles un dia la inteligencia de los misterios, y los sucesos mismos debian descubrirles la verdad de las predicciones. Ni tampoco nosotros sabemos ahora sobre qué cosa caia precisamente la pregunta de los discípulos. Este es uno de los pasos de la Escritura oscuro para nosotros, sobre el cual debemos pasar por encima con humildad, ó examinarlo solamente para nuestra edificacion.

1.º ¿Era general esta pregunta? ¿Caia acaso sobre el lugar de la separacion? ¿Preguntaban, por ventura, *dónde* se haria esta separacion por la cual el uno seria tomado, y abandonado el otro? Si fuese esto, la respuesta dependeria del objeto de la prediccion. Si en esta prediccion se trata del juicio que Dios debia ejercitar sobre el pueblo judaico, y por el que los unos debian quedar y perecer bajo del hierro de los romanos, y los otros salvarse; por el que los unos debian quedar en su odio contra el Mesías, y en su oposicion al Cristianismo, y los otros abrazar la fe de los Apóstoles y aprovecharse de la gracia de la redencion, este discernimiento y separacion se debia hacer en la misma Jerusalem y en toda la Judea... Si se trata del juicio que Dios ejercita sobre todos los hombres, y de lo que se manifestará en el último dia al universo entero, es el lugar *dónde* cada dia se hace, y *dónde* se hará solemnemente este discernimiento y separacion de los buenos y de los malos, de los réprobos y de los escogidos, y esto se debe temer en todo lugar, y todos por esto debemos estar en vela en todo lugar y en todo tiempo.

2.º ¿Caia acaso la pregunta en particular sobre aquellos que serian dejados? ¿Preguntaban por ventura *dónde* serian dejados, y á qué suerte quedarian destinados? Los judíos que debian ser dejados estaban destinados á la muerte, á la esclavitud, á la dispersion, á la ceguedad y dureza del corazon, al odio y al desprecio de todos los pueblos de la tierra. La suerte de aquellos que son dejados en la corrupcion, en los vicios del mundo, es el pecado, la ig-

norancia, los cuidados inútiles, el olvido de Dios, la ceguedad y dureza de corazón. Aquellos finalmente que serán dejados después del último juicio no tendrán otra porción que la de los demonios, el fuego y los tormentos del infierno. Roguemos, pues, para no ser dejados: no desechemos á nuestro Redentor que se nos ofrece para tomarnos y librarnos; no resistamos á la mano caritativa que nos extiende, sigámoslo y dejémonos conducir.

3.º La pregunta de los discípulos ¿caía acaso en particular sobre aquellos que debían ser tomados? ¿Preguntaban por ventura *dónde*¹ deberían ellos ser conducidos, y qué cosa debían ser? Aquellos que debían ser tomados debían ser sacados de las sombras y de las figuras de la ley, de las tinieblas del paganismo y de los errores del siglo para ser conducidos al cumplimiento y á la realidad, que es Jesucristo... Debían estos en el último día ser apartados de la compañía de los pecadores para ser conducidos á Jesucristo, y reinar eternamente con él en la gloria... ¡Oh bienaventurada mansión! hácia tí quiero continuamente caminar: yo te deseo, y espero llegar á tí siguiendo y uniéndome desde ahora á mi divino Redentor, y separándome de aquellos que no lo conocen ó que no siguen las máximas y las leyes de su Evangelio.

PUNTO III.

Respuesta de Jesucristo á sus discípulos.

«Y él les dijo: En cualquiera parte que estará el cuerpo, allí se «juntarán las águilas...» Proverbio comun y usado; pero de que no era fácil á los discípulos hacer entonces la aplicacion. Las águilas como las demás aves de rapiña buscan su pasto en los cadáveres, y se juntan donde los hallan. Pero aquí ¿cuál es el cuerpo que debe servir de pasto, y cuáles las águilas que deben juntarse y alimentarse de él? Sin pretender determinar la verdadera aplicacion de estas palabras, podemos aplicarlas para nuestra edificacion.

Lo 1.º *Al cuerpo de la nacion judáica en el tiempo de la ruina de Jerusalem...* Cuerpo muerto, abandonado y desechado de Dios, sobre el cual se debían arrojar las águilas romanas para devorarlo en cualquiera parte que se albergase ó se encerrase... Imágen del cuerpo de los réprobos, sobre los cuales se dejarán caer los demonios, aves voraces, para hacerlos compañeros de sus suplicios después de haberlos hecho cómplices de su rebelion.

¹ El adverbio *ubi* en griego y en hebreo puede tambien en latin significar *quo*.

Lo 2.º *Al cuerpo místico de Jesucristo, que es su Iglesia...* Este cuerpo en presa de la persecucion, continuamente expuesto á la muerte, ó antes bien verdaderamente muerto á las vanidades, á los errores y á los placeres de este mundo, en cualquiera lugar que se halle, las almas generosas lo descubrirán con un ojo penetrante; fijarán en él sus miras, y allí se juntarán para alimentarse de las verdades que en él encontrarán, y para sustentarse del cuerpo mismo de Jesucristo, escondido bajo los velos de un alimento ordinario y presentado en un estado de muerte, en memoria de la que sufrió por nosotros, y que nosotros debemos estar prontos á sufrir por él.

Lo 3.º *Al cuerpo glorioso del Salvador en el gran día de su triunfo y del juicio universal...* Este cuerpo bárbaramente tratado, destrozado por los azotes, desangrado, levantado sobre la cruz, herido de una lanza y encerrado en el sepulcro, comparecerá entonces vencedor y triunfante, llevando aun las cicatrices de aquellas llagas que han rescatado y redimido el mundo. Al rededor de este cuerpo glorioso se unirán en una multitud innumerable las almas fieles que de sus llagas han sabido sacar su fuerza y su valor, y entrarán con él en el cielo, donde se alimentarán de él en las delicias del amor divino por toda la eternidad.

Peticion y coloquio.

Haced, ó Señor, que yo sea del número de aquellas águilas misteriosas que se elevan hasta el cielo, que nada tienen de acá abajo y terreno, ni apego alguno á las cosas caducas, y que contemplan los rayos del Sol de justicia. Animadme, ó Dios mio, con vuestra santa gracia para que pueda dignamente sustentarme de vuestro sagrado cuerpo, y hallar en él una prenda segura y consolante de mi eterna union con Vos... Amen.